**Pregón Semana Santa Monzón**

Autoridades, señores presidentes de las Hermandades y Cofradías de la Semana Santa de la ciudad de Monzón, cofrades y hermanos todos.

Doy muchas gracias a Dios, por poder hacer de pregonero de la Semana Santa en mi pueblo. Es un privilegio por el que me siento muy agradecido y doy gracias al Señor y a la Virgen de la Alegría por poder realizarlo. Gracias a José Luis, vuestro párroco, que ha hecho posible este encuentro. Gracias por su paciencia e insistencia. Y gracias a todas las Cofradías que mantenéis viva esta hermosa tradición en nuestra ciudad que ayuda a los montisonenses a vivir con intensidad estos días santos.

Voy a dividir mi intervención en tres breves momentos:

En primer lugar haré una breve alusión a mis recuerdos

En segundo lugar me gustaría reflexionar brevemente con vosotros sobre el papel evangelizador de las cofradías.

Y en tercer lugar haría propiamente un sencillo pregón:

1. SALUDO DESDE LA MEMORIA

Son muchos los recuerdos que se han agolpado en mi mente al preparar estas líneas. Mi familia, nunca que perteneció a ninguna de las cofradías. Aún así todos los años acudíamos a las procesiones de Semana Santa, en especial a la del Viernes Santo. Nos poníamos en la barandilla de la calle que sube desde el lateral de Santa María hacia la Plaza de Santo Domingo y desde allí veíamos pasar los pasos. Mis tías nos insistían en que teníamos que estar atentos y recogidos. Y así lo hacíamos al menos de pequeños. Cuando fuimos creciendo se entremezclaba el olor a cera e incienso, con el sonido de los tambores y las cornetas y el intento de adivinar detrás de los capirotes, a cuantos amigos conocíamos. ¡Qué difícil era! Aunque a veces unos dedos delatadores, salían por los agujeros del gorro del cofrade a modo de travieso saludo que nos alertaba de su presencia.

 Me gustaban mucho, ya desde niño, los cuidados oficios que se celebraban en la Iglesia de Santa María, hoy Concatedral. Yo acudía con la inquietud de un niño de una familia cristiana, para ver con que “novedad” nos sorprendía el equipo de liturgia aquel año: la proclamación de la pasión a varias voces, teatralizada, que a mí cuando era niño reconozco me resultaba apasiónate y ¡cuántas veces he intentado imitarla en mis parroquias!, sin nunca alcanzar la perfección que aquí recuerdo; el lavatorio de los pies en el amplio presbiterio de la colegiata, del que uno no divisaba más que la espalda de los elegidos (nos sentábamos en nave del coro, que entonces daba acceso a la sacristía); la Iglesia abierta por la noche con el monumento que se prolongaba con el Vía Crucis matutino que subía hasta el Castillo y que con la familia continuábamos por las calles de Monzón visitando los Monumentos de las Iglesias, llegando hasta las Clarisas y los Salesianos; o la adoración de la cruz del viernes santo que desde el fondo de la Iglesia por la vía Sacra portabais con gran esfuerzo algunos de vosotros y que resultaba un momento de una estética desbordada y conmovedora que a este, entonces niño, le hacia un bien enorme; y la alegría de la Vigilia Pascual que mis padres desde el principio nos enseñaron a valorar y a disfrutar como el gran momento de la Semana Santa.

Pero no he venido desde Teruel a relatar mis recuerdos, sino a vivir este momento intenso con las cofradías, los cofrades, los cristianos de Monzón y todos los mozoneros. Permitidme que haga una reflexión previa sobre el papel evangelizador de las cofradías.

1. EL PAPEL EVANGELIZADOR DE LAS COFRADÍAS

Hay quien afirma que las Cofradías han contribuido decisivamente a conservar los valores religiosos de nuestra sociedad. Si esto es cierto, su labor será más necesaria que nunca hoy, en una época de secularización y descristianización, de nuevo paganismo, de indiferencia, y de increencia ambiental y cultural. El nuestro es tiempo de misión. Y, en este sentido, resulta muy positiva la presencia y la vida de nuestras Cofradías. Quizá ellas, con su proceder sencillo y popular, están en condiciones inmejorables para vivir y ayudar a vivir la fe, con naturalidad.

Lo recordaba el Papa Benedicto XVI hace tres años, a las Cofradías italianas: *«En la época de grandes cambios que estamos atravesando, la Iglesia […] os necesita también a vosotros, queridos amigos, para llevar el anuncio del Evangelio de la caridad a todos, recorriendo caminos antiguos y nuevos. Así pues, vuestras beneméritas cofradías, arraigadas en el sólido fundamento de la fe en Cristo, con la singular multiplicidad de carismas y la vitalidad eclesial que las distingue, han de seguir difundiendo el mensaje de la salvación en medio del pueblo, actuando en las múltiples fronteras de la nueva evangelización* ». (*A la Confederación de cofradías de las diócesis de Italia: 10.XI.2011*).

Y recientemente el Papa Francisco en su encuentro con las Cofradías y la Piedad Popular que tuvo lugar con ocasión del Año de la Fe (5-V-2013) decía: “*Tenéis una misión específica e importante, que es mantener viva la relación entre la fe y las culturas de los pueblos a los que pertenecéis, y lo hacéis a través de la piedad popular. Cuando, por ejemplo, lleváis en procesión el crucifijo con tanta veneración y tanto amor al Señor, no hacéis únicamente un gesto externo; indicáis la centralidad del Misterio Pascual del Señor, de su Pasión, Muerte y Resurrección, que nos ha redimido; e indicáis, primero a vosotros mismos y también a la comunidad, que es necesario seguir a Cristo en el camino concreto de la vida para que nos transforme”*.

Los obispos latinoamericanos han dicho que la piedad popular, de la que sois una expresión es «una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia» (*Documento de Aparecida*, 264).

Pero para poder ser trasmisores de la fe, y sentirnos de verdad testigos del Resucitado es necesario que revisemos como creyentes y cofrades nuestra fe. Es el llamamiento que nos hizo la Iglesia en el Año de la fe, en el que sobre todo se nos pedía que revisásemos la sinceridad con la que afirmábamos nuestro credo y las consecuencias en nuestra vida práctica que eso tiene.

La fe no es algo que debemos presuponer sin más, tampoco entre los miembros de nuestras Cofradías. Así nos lo recuerda Benedicto XVI: “*Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas*”. (Porta Fidei 2)

Un primer elemento que debemos considerar es como andamos de fe en nuestras cofradías y que medios ponemos para revisarla y actualizarla: si nos formamos adecuadamente y si luego nuestra fe repercute en nuestros compromisos de servicio, en especial con los más necesitados.

Por otro lado, no hay que olvidar que las Cofradías nacen en la Iglesia de un tiempo determinado, con unas claves teológicas determinadas que se han visto enriquecidas por la conciencia eclesial que va apareciendo progresivamente en el tiempo. La clave eclesial que configura la existencia de las Cofradías es irrenunciable. La eclesialidad de las Cofradías exige de todas ellas, (os invito a reflexionar sobre ello) comenzando por las Juntas de Gobierno, una recepción cordial y operativa de las directrices impartidas por la Iglesia en cada momento. En este momento el Papa nos alienta a ser misioneros y también las cofradías deben escuchar esta petición. Fijaros que nuestras cofradías están hoy ante el reto de superar, con nota, la fácil o inmediata tentación de quedarse cómodamente instaladas en el nivel de lo puramente estético o celebrativo, haciendo que nuestras procesiones queden reducidas a un fenómeno ancestral y cultural.

Es necesario hacer dialéctica: es decir, hay que reafirmar esos aspectos estéticos y celebrativos tan propios de las Cofradías pero al mismo tiempo estar seriamente comprometidos con los problemas eclesiales y sociales de nuestros días. No están los tiempos para quedarse, ni social ni eclesialmente, en los aspectos meramente externos.

Como os decía, en este momento el Papa nos está llamando a todos a introducirnos en una dinámica misionera (os animo a leer, estudiar y aplicar la EVG). El Papa Francisco nos recordaba a los obispos españoles, en nuestra reciente visita Ad Limina, que debemos estar en un estado de misión permanente. Y a esa tarea nos recordaba que estábamos llamados los obispos, pero junto con nosotros los sacerdotes, los religiosos y especialmente los laicos.

Dejadme que me detenga en una breve reflexión sobre lo que significa el impulso misionero, que de un modo especial concierne a los laicos y también a los miembros de las Cofradias de Semana Santa. Es necesario que todos los laicos participen en el “*fin apostólico de la Iglesia», que es «la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de su conciencia, de modo que consigan impregnar con el espíritu evangélico las diversas comunidades y ambientes»[[1]](#footnote-1).*

Ese ímpetu misionero que debe acrecentarse o recuperarse en nuestro laicado, el Papa Francisco lo concreta en el dinamismo de salida que Dios quiere provocar en todos los creyentes. El Señor sigue enviando a su Iglesia: “*Hoy, en este «id» de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad-* cada forma cofradía, me atrevería a decir- *discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio*”[[2]](#footnote-2).

En ese discernimiento tenemos que desinstalar muchas cosas, que se mantienen desde el siempre se ha hecho así sin caer en la cuenta que el tesoro que presentamos corremos el riesgo de desfigurarlo nosotros mismos. Quizá el camino pasa por cada uno de nosotros y del hecho de ser cofrades, para aportar nuestro granito de arena a la hora de hacer realidad el sueño del Papa Francisco: “*Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad”[[3]](#footnote-3).*

Los laicos en general y los cofrades en particular son protagonistas de ese sueño. Los laicos forman parte de esa Iglesia en salida que sabe tomar la iniciativa, que sabe primerear en expresión de Francisco: “*La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluido*s”[[4]](#footnote-4).

Reforzar nuestra fe, hacerla vida. Aprestarnos a ser misioneros en el aquí y ahora de Monzón. Abrir nuestros brazos acogedores a todos aquellos que necesiten ayuda y consuelo. Serían tres propósitos magníficos para vivir con intensidad de cofrade, esta Semana Santa que se aproxima.

Y ya me centro en el pregón:

1. EL PREGÓN

Cuando uno se asoma al diccionario de la Real Academia Española encuentra dos sugerentes acepciones de la palabra pregón. Por un lado se define como la promulgación o publicación que en voz alta se hace en los sitios públicos de algo que conviene que todos sepan. Y una segunda acepción recoge que se trata de un discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella. La pretensión de mis palabras recoge esta doble propuesta. Creo de verdad que conviene que todos sepan que la Semana Santa de Monzón con sus cofradías, con sus procesiones y cofrades está muy próxima y que es mucha su belleza y hondura espiritual. Quizá lo más importante es lo que esta pía manifestación evoca: el misterio de la entrega en la cruz de Jesucristo, nuestro Señor, por la salvación de todos los hombres.

Por ello quiero invitaros a participar en ella. No solo por la belleza, recogimiento y solemnidad con la que se celebra, sino también por la fuerza del misterio de amor que pone ante nuestros ojos. Misterio incompresible, desgarrador para muchos y hoy desconocido y vilipendiado casi por igual. Pero esto no es nuevo. La propuesta del crucificado sigue siendo escándalo y necedad como ya nos anunciaba San Pablo[[5]](#footnote-5). En el fondo nos encontramos ante la expresión sublime de un misterio de amor: el señor Jesús, aquel que murió en el Calvario en Jerusalén y resucitó al tercer día, sigue ofreciéndonos su abrazo paternal con los brazos extendidos, destrozados y clavados al madero del patíbulo.

Es curioso observar en el Evangelio de San Marcos el sugerente prólogo con que nos sorprende el evangelista antes de narrar el episodio de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén[[6]](#footnote-6). Nos propone a un personaje ciego, hijo de un tal Timeo. Esta sentado al borde del camino. Una y otra vez llama al Señor, aunque de manera reiterada le hacen callar: “*Hijo de David, ten compasión de mi*”. Cuando al fin el Señor le manda llamar, cruzan unas palabras que nos descubren un mundo nuevo a la hora de sentirnos convocados en la semana Santa. “¿*Qué quieres que te haga?*” dirá Jesús. Y el responderá con fe recién estrenada: “*Señor, que vea*”.

Los cofrades vais a caminar junto a Jesús, portándolo sobre vuestros hombros o en las carrozas en los próximos días. En vuestro trascurrir por las calles de Monzón vamos a encontrar a muchos espectadores, que como Bartimeo, estarán al borde del camino. Ojala vuestro paso suscite en ellos y en vuestro mismo corazón aquella suplica que escucharon entonces las calles de Jericó: “que vea”. Que vea, puede ser la descripción de nuestro ánimo, la expresión de un deseo que nos induce a percibir mucho más de lo que nuestras retinas nos muestran.

Os propongo, en este pregón, un recorrido para contemplar con los ojos y el corazón el paso del Señor por las calles de Monzón. Abre tus ojos, mírale y déjate mirar por Él. Son muchos los personajes, muchas las miradas que en estos días podemos descubrir en los relatos evangélicos de la Pasión. Los pasos de nuestras cofradías nos pueden ayudar a vislumbrar un horizonte nuevo e insospechado en esta bella expresión de la fe de un pueblo.

Miremos el amor, el amor de un Dios hecho hombre que es capaz de renunciar hasta su propia vida por nosotros; por cada uno de nosotros; por nosotros como pueblo. Contemplemos el rostro de Jesús, que estos días pasará silenciosamente discreto, por nuestros barrios, como un amante enamorado furtivo, que tras verlo durante un segundo doblar la esquina, nos mueve a seguirlo y buscarlo entre las calles a media noche. “¿Adónde te escondiste amado y me dejaste con gemido? Como el ciervo huiste, habiéndome herido; salí tras ti, clamando, y eras ido”, exclamará poéticamente Juan de la Cruz tras haberlo visto pasar fugazmente por su lado.

Estos días, estas noches de primavera y de luna llena, Dios pasará hecho hombre en Jesús. El verbo “pasar”, nos recuerda que Dios ya pasó una noche por la tierra de Egipto tras avisar a Moisés, su pasar, tenía una consecuencia, la liberación de la esclavitud y del mal, la esperanza de algo nuevo que llenaba de sentido, de felicidad y de esperanza al pueblo de Israel, llegar a una tierra nueva, a una tierra que manaba leche y miel. Pasar es Pascua.

En esta nueva Pascua, Jesús volverá a pasar y veremos su rostro materializado en madera, en escayola, pintura, en elementos que nos ayudan a acercarnos un poco más a él. Le pondremos rostro, rostro y nombre. Dejémonos encontrar por él. El Papa Francisco así nos lo recuerda en su primera Exhortación Apostólica, la *Evangelii Gaudium.* En el texto, el Santo padre invita a "cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque ‘nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor’".

Dejémonos pues encontrar por Jesús. Estos días lo veremos pasar a nuestro lado, portado por la Cofradía de la Oración en el huerto, con rostro temeroso, triste hasta la muerte orando en Getsemaní.

Es el momento de la soledad, del sufrimiento. Deja que tu mirada y la suya se entrecrucen de algún modo. Los olivos envuelven la escena: es el eco del paraíso donde se produjo la ruptura. Ha llegado el momento de la restauración: feliz culpa que mereció tal Redentor. Pero esta, sólo se alcanza en la entrega de la pasión. Y Jesús toma conciencia de que debe asociarse a ella. Él nos ha enseñado que el dolor, la soledad o la marginación pueden convertirse, paradójicamente, en pedagogos del amor. El mirar a Jesús en ese estado trasforma nuestros ojos en los del buen samaritano que saben mirar al que sufre y sanarle las heridas.

En Getsemaní contemplamos el rostro de un hombre sufriente, que no llega a comprender la dramática de la vida, y el aparente sinsentido de su muerte cercana, ahora que estaba empezando a extenderse su proyecto del Reino de Dios, y que comenzaba a dar sus frutos… Solo unos olivos parecen protegerlo y cobijarlo en esa clara noche, del peligro que se le echa encima, de la peor de las traiciones, el amor de un amigo que se tornó en interés y en un intento de que Dios fuera como los hombres querían, y no como realmente era: dejemos que Dios sea Dios.

Veremos pasar a Jesús con el rostro magullado, rasgado, escarnecido, desfigurado tras la tortura de la flagelación. Pilatos observa la escena y se lava las manos.

La Cofradía del “Ecce Homo” nos presenta al Señor roto y humillado, parece que se le ha robado toda la dignidad que la persona posee. Nada más lejos de la realidad, porque el hombre, aun desfigurado por el dolor de la vida, de las personas, del mal y de la muerte sigue siendo hombre, dignísimo, y este Jesús el hombre de verdad; este es el hombre, *Ecce Homo.*

Y a Jesús le roban la vida…y quieren robarle también la muerte. El Sanedrín induce a Pilatos a crucificarle. Podrían haberle dado muerte por lapidación pero esa ejecución, aunque terrible, era la muerte de los profetas. No. Jesús era demasiado peligroso, no tenía derecho ni a una muerte profética. Le condenan a una muerte degradante y para ello necesitan la muerte infame de los infames[[7]](#footnote-7): el patíbulo de la cruz. El pacífico condenado por violento; el que había propuesto un Reino que no es de este mundo, el Reino de Dios, es acusado de conspirar contra el reino de los hombres.

Portado por la Cofradía del Nazareno, pasará Jesús con el rostro apoyado en la cruz. Mírale y déjate mirar por Él. La Cruz es de la misma madera del árbol donde Adán mordió la manzana, de la misma madera, con la que José hizo su cuna y pesebre, de la misma madera con la que trabajaba como artesano. Jesús es el primero de los nazarenos en portar su cruz, le siguen muchos hombres y mujeres que también apoyan su rostro sobre la pobreza, sobre la dignidad que otros le intentan robar, sobre la cruz de la enfermedad, sobre la cruz de los desahucios, sobre la cruz de no tener un salario digno, sobre la cruz de la carestía de trabajo, sobre tantas cruces…

En mitad del silencio de la noche, portado por la Cofradía de la Sangre de Cristo y de la Buena Muerte, podemos encontrarnos con el rostro de Jesús que pasa dolorido hasta el extremo, tras ser clavado en el árbol de la cruz, “árbol único en nobleza, jamás el bosque dio mejor tributo en hoja en flor y en fruto” cantará un himno antiguo de la Iglesia. - ¿Dónde estás Jesús?, ¿por dónde has pasado crucificado?- Decidme vosotros hombres y mujeres de Monzón, si lo habéis visto pasar a vuestro lado, disfrazado de parado o maltratada, de inmigrante o prostituta, junto a una valla fronteriza, de niño soldado o anciano abandonado, ¿puedes Jesús así de crucificado seguir dándonos vida? ¿Puede tener sentido tanto dolor y buena muerte desprendidos por las esquinas? ¿Por dónde has pasado? Y algunos me dirán: “Mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura, y yéndolos mirando, con sola su figura, vestidos los dejó de hermosura.” El dolor y la muerte pueden dar vida si se viven desde la fe, sí.

Quizá Jesús en esta Pascua no pase solo, quizá veamos pasar su rostro muerto sobre el pecho de su madre llena de Piedad, quizá María, con dolor por la muerte de su hijo, de tantos hijos, sepa vivir de la fe, y encontrar un poco de sentido a todo este caos, quizá ella sepa reparar con su sí constante a Dios en toda su vida, el “no” que Eva había dado antes. La Cofradía de la Piedad, da centralidad a la figura de María en este drama, y nos la presenta junto a la Cruz vacía. Quizá el fruto envenenado del pecado en la manzana que Eva puso en su regazo, sea desterrado por un nuevo fruto que Santa María, Nueva Eva, lleva muerto también en su regazo, su hijo Jesucristo “Debajo del manzano, allí conmigo fuiste desposada, allí te di la mano, y fuiste reparada donde tu madre fuera violada”, recogerá San Juan de la Cruz en su Cántico Espiritual del que en esta noche estamos bebiendo de algunos de sus versos.

Y veremos pasar a Jesús, mecido por la Cofradía del Santo Sepulcro. Contemplaremos su rostro muerto que pasa a nuestro lado sin articular palabra, inerte, frío, inmóvil en su sepulcro, tras conocer el aparente poder de la muerte, quizá Dios mismo pase por nuestra casas como hace años en Egipto, y no entre para acabar con nosotros, al ver la marca de la sangre que su hijo pinto en las jambas y el dintel de nuestros corazones con su propia sangre de cordero y nos dé vida en abundancia. Es un rostro sereno que nos anuncia que la muerte será derrotada por aquel que la ha padecido verdaderamente. Pero la última palabra no puede pronunciarla la muerte. La última palabra la dirá el Padre, que tras tres días de tensa espera, la pronunciará de forma definitiva: “Resurrección y Vida”.

Y María queda sola y sin consuelo. Así nos la presenta la Cofradía de Nª Sª de los Dolores. Y miraremos su rostro de dolor, y como en un espejo, podremos vernos nosotros, también con rostros ajados por el dolor de la vida, pero con la cabeza alta del que confía y se sabe salvado por amor. “En soledad vivía, y en soledad he puesto ya su nido, y en soledad la guía a solas su querido, también en soledad de amor herido”, quizá pase sí, buscando a los hijos que Jesús le prometió desde la cruz, para abrazarlos, para atenderlos, para juntos buscar a Dios en mitad de la noche, o al clarear el día.

María se ha hecho presente en nuestras calles acompañando el dolor de su Hijo y enseñándonos a mirarle. La habéis portado como maestra paciente que intenta, olvidándose de sí, enseñarnos a contemplar la grandeza de cada uno de los misterios de la Pasión que nos presentan vuestras cofradías. Misterio que cada corazón debe descifrar, que al principio nos da vértigo pero que, al ir desvelándolo, engendra en nosotros alegría y la paz.

Quizá en estas noches, nosotros también pasemos por las calles de Monzón, pasemos por las calle de la vida, ¿pero como pasaremos, con qué actitud vital: salvando o condenando, amando u odiando, juzgando o justificando, acompañado o entrometiéndonos, como evangelizadores que desean interpretar los signos de los tiempos y actualizar y encarnar las palabras de Jesús en el mundo actual.

Pasemos al estilo de Jesus, mirando como Jesús, andando como Jesús, acariciando como Jesús, perdonando como Jesús, integrando en la sociedad a las personas como Jesús, sumando como Jesús, amando como Jesús, amando como Dios. "Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás". Es el amor el que da vida, no la muerte; es el amor el que resucita a Jesús, y su amor nos devuelve la vida también a nosotros, un amor alegre y resucitado “dado a luz en el dolor”, como recoge un himno pascual antiguo que las primeras comunidades cristianas entonaban con los labios y el corazón.

 De nada nos serviría regocijarnos en el dolor de la herida, si no hubiera detrás banderas y estandartes de victoria, blasones de resurrección, de muerta matada, de aguijón del pecado taloneado, de cantos de gloria y gritos de Aleluya. De nada nos serviría quedarnos frente al sepulcro cerrado esperando, y viendo en el hortelano del campo de al lado, nada más que un hortelano. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? “Detente, cierzo muerto; ven, austro, que recuerdas los amores, aspira por mi huerto, y corran sus olores, y pacerá el amado entre las flores” “Jesús no está aquí ha resucitado”

 "Hay cristianos cuya opción parece ser la de una [Cuaresma](http://www.aciprensa.com/fiestas/cuaresma/index.html) sin [Pascua](http://www.aciprensa.com/fiestas/pascua/index.html)", afirma el Papa dirigiéndose a los "fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años" en un "estado permanente de misión", venciendo "el gran riesgo del mundo actual": el de caer en "una tristeza individualista".

 Con la Resurrección no puede haber una tristeza sin sentido. Es la resurrección la pieza clave de la historia del hombre, el soplo del Espíritu que nos anima a salir a las calles y plazas de nuestras ciudades y pueblos a gritar el triunfo de esta batalla, ganada con las armas del amor y la fuerza de un corazón que se venció a sí mismo y se unió a la voluntad del Padre. Es desde la Resurrección donde cobra sentido el Reino de Dios que se hace real como proyecto presente y futuro, es desde la Resurrección desde donde podemos vociferar que Cristo vive y que sigue pasando vivo por nuestro mundo para encontrase contigo, conmigo, es con la resurrección desde donde podemos proclamar felices y dichosos a los pobres, a los mansos, a los perseguidos, a los pacíficos, a los que tienen hambre y sed de la justicia, a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los que son perseguidos y sacrificados por identificarse y ser testigos de Jesús. Es desde la resurrección de donde nace la alegría de anunciar el Evangelio, como apostillaba el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica "La alegría del Evangelio llena el corazón y la [vida](http://www.aciprensa.com/vida) entera de los que se encuentran con Jesús".

Y hablando de alegría, permitidme queridos amigos que culmine estas palabras de nuevo con recuerdos. Tenemos en Monzón una de las advocaciones más bellas con la nos regala la devoción a María: la Virgen de la Alegría.

En Monzón la Semana Santa tiene siempre este epílogo festivo. El estallido del corazón de la Madre de Dios, que se llena de alegría porque se ha hecho realidad lo que los labios de su Hijo anunciaron, que resucitaría al tercer día, lo compartimos de un modo especial los montisonenses. Cuantos momentos de encuentro furtivo con su corazón amoroso hemos pasado cerca de su ermita, cuantas palabras de consuelo hemos escuchado de sus labios maternales. Cuantas peticiones de ayuda le hemos elevado.

Cada lunes de Pascua nos aprestamos a visitarla con jolgorio. Sí, es un día de gran fiesta, de amistad, de ser montisonenses enamorados de nuestra Virgen de la Alegría. Son muchos los recuerdos que se agolpan en nuestra mente: la misas en la ermita que se queda tan pequeña en ese día, la animación en el camino que sube hasta crucero, la amistad que comparten todos los montisonense de todas las edades que con coches y tractores se acercan a ver el corazón rebosante de alegría de la Madre de Dios.

 Montisonenses y cofrades, paisanos y amigos todos, por todo ello os animo a salir a las calles para buscar y encontrar el rostro del buen Jesús que pasa especialmente estos días santos por nuestra ciudad, saliendo a nuestro encuentro. Y respondedle desde vuestra fe, uniéndoos a su corazón, a su mirar, a su caminar, para ser un poco más como él, para cristificaros, para ser uno en él, con él y con los hermanos. Vivir con intensidad estos días santos, para poder estallar en la Pascua con la alegría que nos trae la Resurrección de Cristo.

Los toques de los tambores y los bombos, el olor a incienso y el colorido de vuestros trajes penitenciales, seguro que avivan nuestros sentidos para descubrir el hondón de lo que se representa. Ese descubrimiento, puede ser un buen motivo para dar el salto y ponernos a caminar. Para encarnar en la realidad y en la historia los acontecimientos que ponéis ante nuestros ojos, no como una fábula épica del pasado, sino como algo que ocurrió de verdad y que sigue aconteciendo en el comienzo de este tercer milenio.

La solidaridad, el compromiso con los pobres, el amor a los que sufren, la entrega generosa de lo que somos y tenemos, el amor más grande, volverá a tomar nuestras calles al paso de las procesiones. Cada imagen, cada paso, cada cofrade nos presentarán una historia inacabada cuyo final requiere tu implicación y la mía.

Feliz Santa Semana queridos hermanos y muchas gracias a las cofradías por prolongar en nuestras calles la liturgia de nuestros Templos, ayudándonos a descubrir de modo sencillo y bello la grandeza de un misterio que nos muestra, como os decía, el amor más grande. Muchas gracias a todos.

1. CfL 30 [↑](#footnote-ref-1)
2. EvG 20 [↑](#footnote-ref-2)
3. EvG 27 [↑](#footnote-ref-3)
4. EvG 24 [↑](#footnote-ref-4)
5. Cfr. 1 Cor 1,22. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Mc 10, 46-52. [↑](#footnote-ref-6)
7. Cfr. Martín Descalzo, José Luis; Vida y Misterio de Jesús de Nazaret. III - la cruz y la gloria. Ediciones Sígueme. Salamanca 1987. P. 297. [↑](#footnote-ref-7)